

RAZÓN, INDIVIDUALISMO, COSMOPOLITISMO

Adela Cortina
Universidad de Valencia

Queridos amigos y, sobre todo, querido Javier:

Lo que más desearía en este mundo es estar ahí, con vosotros, para participar en un homenaje más que merecido a quien ha sido, y es, pieza clave de la filosofía práctica iberoamericana —y no sólo eso— desde el último tercio del siglo pasado.

Bajo el bien pensado rótulo de esa mesa, «Razón, individualismo, cosmopolitismo», en la que con tanto cariño Carlos Gómez me ha invitado a participar, hubiera querido recordar algunas cosas, las que permiten un breve espacio de tiempo.

Conocí a Javier Muguerza a través de aquel libro, *La razón sin esperanza*, que se abría con las palabras de Bloch: «La razón no puede prosperar sin esperanza, ni la esperanza expresarse sin razón». Palabras programáticas que el autor se iba encargando de refutar a lo largo del libro, concluyendo por fin que es la razón analítica la que carece de esperanza, pero no menos la de un marxismo humanista, e incluso tal vez la razón humana sin más.

Sin embargo, y a pesar de las intenciones del autor, a mí su libro me infundió cierta esperanza, o, por lo menos, me produjo un gran alivio. En aquel ambiente filosófico, tomado por neopositivistas, neoescoláticos y materialistas dialécticos, la pobre razón práctica había quedado arrumbada, despreciada por no referirse a los hechos, cortada por el patrón de la lógica deóntica, puesta al servicio de la teología, o convertida en pura ideología burguesa.

Descubrir con Javier Muguerza la posibilidad de una racionalidad de lo práctico, de una intersubjetividad moral, en diálogo con aquellas posiciones que se debatían más allá de los Pirineos, era descubrir a la vez que actúan según la razón los que bregan por la justicia.

El segundo jalón que hubiera querido recordar es el prólogo a mi *Crítica y utopía: la Escuela de Frankfurt*, que Javier aceptó escribir con la generosidad que le caracteriza. Y además ese prólogo me permitió conocer a Conchita. A ese contestador dialógico —nunca automático— que cogía el teléfono y me infundía ánimo, asegurando que en poco tiempo Javier me enviaría el texto. Más tarde aprendí que esto de la dilación en la entrega de textos no era algo personal, sino parte de la idiosincrasia de Javier Muguerza. De su idiosincrasia, y no de su autonomía, porque no es peculiaridad que convenga universalizar. El libro se publicó con el prólogo y es, sin duda, lo mejor de él.

Desde la perplejidad fue el tercer paso. En ese debate abierto y profundo con todas las corrientes de filosofía práctica que en el mundo son, rico en matices y en propuestas, venía perfilándose ese individualismo ético que abrió el paso al cosmopolitismo, y también la preferencia por un interlocutor: la ética del discurso, vigorosa, pero —a juicio de Javier— insuficiente.

Insuficiente por no fijar límites al poder del diálogo, por no reconocer que donde se encuentra su fundamento (en el ser humano como fin en sí mismo), se encuentra su límite, como freno a cualquier tentación de colectivismo. La segunda formulación del imperativo sería el fundamento y límite de la primera: la universalización no puede preceder a la dignidad.

Insuficiente por recurrir empecinadamente a ese método trascendental que Javier Muguerza se esfuerza igual de empecinadamente por des-trascendentalizar.

Insuficiente, porque son los disidentes los que traspasan las barreras de las sociedades cerradas e inventan con fuerza creadora sociedades abiertas, no los conformistas, no los adaptados.

Por eso, y éste sería el último peldaño en esta breve memoria, son ellos —los disidentes— los que hacen posible una cosmópolis, un mundo en que cada persona puede saberse y sentirse en su ciudad. Frente al universalismo abstracto que diseña un cosmopolitismo sin individuos, sin pronombres personales; frente al comunitarismo, que olvida igualmente esos pronombres, porque no imagina nada más concreto que la comunidad, el individualismo ético de Javier Muguerza propone una cosmópolis cuyos habitantes tienen nombre y apellidos, viven en comunidades concretas, pero se saben en el mismo barco que cualesquiera otros.

Es el individualismo ético de los disidentes el que puede romper barreras e inventar, más que utopías, nuevos proyectos. Así lo vio también José Luis Aranguren, pero en versión aristotélica. Porque es cierto que el hombre es un animal político, pero igualmente lo es —y tal vez aún más— que tiene que trabajar en el cuero de sus zapatos día a día, si quiere adquirir la capacidad de negarse a reducir su moralidad al *êthos* prevalente; la capacidad de traspasar fronteras en sociedades cerradas. Así parece verlo también Javier Muguerza, pero en versión kantiana. Porque está bien el ideal de un Reino de los Fines, que con tanta sabiduría ha trabajado entre nosotros José Gómez Caffarena. Pero siempre que el individuo sea fundamento y límite, siempre que los individuos puedan decir «no» ante la injusticia palmaria.

Por estas razones, e infinitas más, lo que más desearía de este mundo es estar ahí, para participar en el homenaje a Javier Muguerza, que forma parte irrenunciable de nuestra historia intelectual, y por muchos años. Con estas palabras yo quisiera representarme, no sólo a mí misma, sino a muchos otros, sobre todo de esa comunidad real de comunicación filosófica, que forma parte de la Comunidad Valenciana, donde intelectual y personalmente siempre le sabemos y sentimos parte nuestra.

